

desaparecen en cuanto se traba relación con cualquiera. Tal cualidad del campesino español, juntamente con su tendencia a las leyes abstractas adaptables a los casos concretos, su individualismo, su amor a la independencia y su preferencia por las pequeñas agrupaciones de clan, pueden van esos treinta duros, que es lo único que po-ayudar a explicar por qué el campesino y el obrero españoles se sienten atraídos por los ideales anarquistas. En ningún país ha avanzado el socialismo colectivista de Marx tan poco como en España, al paso que en ella se ha abierto tan fácilmente paso el anarquismo. Así ha sucedido lo menos durante cuarenta años. En 1868, Fannelli, un miembro italiano de la Alianza Bakunista (la sección anarquista de la Internacional), fue a España, y dos años más tarde, al celebrarse en Barcelona un Congreso anarquista, el movimiento había comenzado ya a tomar carácter definido y concreto. Desde entonces el anarquismo ha progresado firmemente en España. Tiene gran vitalidad en Cataluña, donde promueve frecuentes huelgas en Barcelona; en Andalucía encuentra un terreno abonado por ser allí muy notable el contraste entre la riqueza y la pobreza; asimismo están considerablemente influenciadas de anarquismo las comarcas del litoral mediterráneo, especialmente la industriosa región de Valencia. En el norte del país también muestra, aunque en gado inferior, paralelo desarrollo, pero en la costa atlántica el anarquismo no halla tan favorable campo como en la mediterránea y cantábrica. En Bilbao, que es el segundo gran centro industrial de España, el partido obrero se ha mostrado con frecuencia hostil al anarquismo, pero en muchas regiones de España los ideales del partido obrero son en gran parte los mismos ideales del anarquismo.

Existe otra característica española, que lo es también de una actitud selvática ante la vida: el amor al formulismo, al ritual, a la ceremonia. Indudablemente, en todos los planos de la cultura humana existe y debe existir este elemento ceremonial y ritualista, pero en las tierras vírgenes, lo mismo que en las civilizaciones muy remotas, como la de China, ello constituye la externa corporeidad de toda filosofía, religión y organización social. Lejos de ser libre, el salvaje se halla envuelto en un ceremonialismo que en manera alguna es meramente convencional, antes puede ser de una trágica realidad. También para el español la parte ceremonial de las cosas es algo muy serio y verdadero, y se extiende a todas las manifestaciones de la vida, con no menor gravedad y rigor en la plaza de toros que en el templo. Siglos atrás, el concepto de la ceremonia como suma expresión de los más altos privilegios religiosos, culminó en el fastuoso espectáculo de los autos de fe, que eran una gran fiesta donde el júbilo popular realzaba el acto religioso, en el cual la Inquisición dictaba la sentencia final de la condenación o reconciliación de los herejes antes de entregarlos al brazo del poder secular, ya que la ejecución de los reos era de competencia exclusiva de éste y no incumbía a la Iglesia. Hasta comienzos del siglo XVIII no cayó en desuso el auto de fe.

También la danza española en sus aspectos antiguos y más nobles constituye un rito de solemnidad. "¡Qué majestad, qué decoro, qué distinción!" exclama Valera ya anciano, recordando las danzas de Ruiz y de su hermana Conchita, y "¡qué gracia cuando ambos bailaban juntos el bolero! No hay danza más aristocrática. Parecen príncipes o grandes personajes".

Para los anglo-sajones, las funciones ceremoniosas son en su mayor parte una cosa irreal e impuesta, que ellos realizan lo mejor que pueden, con grave y majestuosa solemnidad. Para el español la ceremonia es algo tan real y verdadero que en sus manos se convierte en una cosa graciosa, sencilla, natural y casi doméstica. "Toda la vida me he conducido con gracia", dijo el marqués de Siete Iglesias en el patíbulo, resumiendo en estas palabras la apología del caballero español. Esta tendencia al ritual implica ciertamente una fe en lo extremo, rayana en fetichismo. Parece ser que un español, San Raimundo de Peñafort, fue el primero que habló del perdón de los pecados veniales por medio de la aspersión del agua bendita, y en una de las comedias de Calderón, "La Devoción de la Cruz" un personaje, a pesar de cometer toda suerte de delitos, conserva un profundo respeto por la cruz, el símbolo de la Redención, y gracias a su fe, por fin se salva; no ha ultrajado su símbolo.

## Misión de la Universidad Mexicana

*LUCIO MENDIETA Y NUÑEZ tiene actualmente a su cargo la cátedra de Derecho Agrario en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Ha publicado una serie de obras fundamentales, dedicadas a la investigación de los problemas básicos en materia legal, relativas a nuestra reforma agraria. Mendieta y Núñez acaba de dar a la estampa un libro titulado "La Universidad Creadora y Otros Ensayos", cuya lectura nos complacemos en recomendar muy especialmente a los universitarios. "La Universidad Creadora" es un estudio amplio sobre la función que le corresponde asumir a la Universidad, en nuestro tiempo. Muchos de los aspectos analizados por Mendieta y Núñez en su nuevo libro, con relación a la Universidad Nacional, tienen positiva actualidad, como el que se refiere a las reformas indispensables para el mejor funcionamiento docente de la institución y para el logro de un mayor aprovechamiento de los estudios que en esta casa se realizan.*

"Pertenece a la esencia de la Universidad, tener que enlazar el carácter de una academia platónica que está al servicio de la verdad pura, con una serie de funciones educativas de orden estatal y social, funciones determinadas por la situación general del tiempo". Doctor Eduard Spranger (Sobre el Peligro y Renovación de la Universidad Alemana).

Si cada Universidad tiene una misión que cumplir, según el lugar del mundo en donde está colocada. Si para cumplir su misión debe responder a las solicitaciones del medio en que actúa, probemos a señalar, aun cuando sea en forma esquemática, cuál es la que corresponde a la Universidad Mexicana.

Ofrece nuestro país, un aspecto social diverso, en su estructura misma, del que presentan, por ejemplo, los principales países europeos. Mientras que en estos se advierte, a pesar de diferencias raciales y de la lucha de clases, una cohesión definida en fuertes nacionalidades, en México, los grupos de la sociedad se hallan separados por verdaderos abismos. Basta sólo con abrir los ojos, para ver la falta de unidad, los rudos contrastes que hacen de nuestra patria, desde la época de la colonia, una paradoja dolorosa e incomprensible.

“México, escribió el barón de Humboldt, es el país de la desigualdad.

Acaso en ninguna parte la hay más espantosa en la distribución de caudales, civilización, cultivo de la tierra y población”.

Es así como las palabras nación, nacionalidad, no pasan de ser, entre nosotros, sino expresiones divorciadas de la realidad de las cosas, porque si nación es, como dice la bella definición de Renán: “Un alma, un principio espiritual”, México, por sobre todo falso patriotismo, no constituye una verdadera nacionalidad. En su territorio viven diversas poblaciones indígenas separadas entre sí por su cultura y distanciadas a su vez de la población dirigente, por idéntica barrera. No hay un solo lazo espiritual entre ellas; apenas son mexicanos muchos pueblos rurales, por su colocación dentro del mapa. La miseria, el abandono, la ignorancia en que viven, han sido y son los problemas que demandan, de las clases directoras, atención urgente, constante, definida.

Obrar sobre esos factores desfavorables, cooperar en la creación de nuestra nacionalidad estableciendo fuertes lazos espirituales entre los diversos grupos de población, cooperar a la elevación moral y material de ésta para promover así el engrandecimiento del país, he aquí la enorme tarea de la Universidad Mexicana.

¿Será capaz de realizarla? Creemos que la escuela sí puede influir en el destino de un pueblo. Seguramente que por sí sola no será árbitro de ese destino; pero su cooperación con las otras fuerzas del Estado, es determinante.

¿Cómo debe intentar esa cooperación? Imprimiendo —a sus actividades un hondo sentido social, esa ha sido la respuesta; pero la época actual, llena de la angustia de esta hora en que la humanidad se detiene, temerosa, titubeante, en el umbral de una nueva era, exige soluciones concretas.

Las tres actividades primordiales de la Universidad: difusión de la cultura, enseñanza de las profesiones e investigación científica, deben estar, para que la Universidad Mexicana afronte siquiera su destino, fuertemente imbuídas de la misión que acabamos de señalarle.

En la difusión de la cultura, procurará no sólo preparar a los estudiantes en aquellas ideas generales que la constituyen, sino en el profundo conocimiento de nuestra realidad social, de nuestra historia. Que así, el hombre culto de México, no sea el tragalibros nefasto que ha hecho en éste una farsa trágica de civilización, sino el conocedor sereno y respetuoso, con respecto de amor, de todas sus lacerias.

En la enseñanza de las profesiones, la Universidad Mexicana debe, con la urgencia que le impone su responsabilidad histórica, imprimirle rotundos perfiles de servicio social.

Hay quienes creen que las escuelas profesionales deben cerrarse por algún tiempo a fin de evitar el exceso de profesionistas. ¡Qué miopía! Los que tal piensan se imaginan que al país le constituye el primer cuadro de la ciudad, en donde, en efecto, se nota plétora de médicos y abogados: pero si salen a los campos, si descienden del automóvil lujoso para andar entre el polvo de los caminos, para auscultar el corazón de los pequeños pueblos en donde viven su vida de dolor y de miseria más de diez millones de gentes, se convencerán bien pronto de que la República necesita, con premura, una legión de profesionistas; pero conscientes de que la profesión es, ante todo, un deber social.

Por ahora los médicos se aglomeran en las ciudades. Pocos, llevados en alas del deseo de rápidas y jugosas ganancias, se aventuran hacia las regiones más ricas; pero nadie se atreve a establecerse en los lugares apartados o pobres; de tal modo que existe una inmensa mayoría de población privada de todo auxilio, en condiciones de abandono tales, que hacen de México, el país de la tierra con más alto coeficiente de mortalidad. También se necesitan abogados jóvenes en los pueblos, que por ahora, se hallan en garras del caciquismo. Esta lacra es posible, en virtud de que en las provincias, la mayoría de los jueces y secretarios de Juzgados, los defensores, los Agentes del Ministerio Público y a veces hasta algunos Magistrados de los Tribunales, carecen de título o lo consiguieron por decreto o valimiento de las autoridades, a cuyo servicio están, por este motivo, incondicionalmente. Si se estableciera una corriente de abogados jóvenes hacia esos puestos, se lograría bien pronto la dignificación de la justicia, porque el letrado joven es, en general, honrado y animoso paladín de las nobles ideas y de los bellos sentimientos; recién salido de la Facultad, aun no tiene la conciencia mareada por las sirenas de la vida.

Si se piensa en la rutinaria agricultura mexicana, si se quieren ver las condiciones desastrosas de la habitación del indio, de su medio de vida, causa en gran parte de la enorme mortalidad infantil en esa raza —verdadero crimen social—, se comprenderá la necesidad de la acción de otros profesionistas en el seno mismo de los pueblos rurales.

Claro que no habrá de esperarse que médicos, abogados e ingenieros, de propia iniciativa, abandonen la molicie de la vida urbana, para lanzarse, nuevos Quijotes, hacia los campos de México en lucha por los ideales universitarios. Será preciso

que la Universidad establezca como obligación ineludible, el servicio social de los profesionistas, por un año, inmediatamente después de que concluyan sus estudios, en aquellos puntos de la República que les toque en suerte.

La retribución de servicios, no es problema por lo que respecta a los abogados, pues que en cada Entidad Federativa, existe el presupuesto correspondiente a los empleados judiciales. En cuanto a las otras profesiones, sería preciso establecer, estudiándolo a fondo, un sistema de iguales cubiertas por los Gobiernos respectivos. Por último, las actividades universitarias en la investigación científica, se concretarán al estudio de nuestro ambiente, en lo físico; al estudio de nuestros problemas ancestrales y de los problemas contingentes, en lo social, para proponer al Gobierno soluciones concretas, normas técnicas; pero basadas en la realidad, que ilustren su acción.

Porque como quiere Ortega y Gasset: "La Universidad tiene que estar siempre abierta a la plena actualidad; más aún, tiene que estar en medio de ella, sumergida en ella". "Y no digo esto, agrega: sólo porque la excitación animadora del aire libre histórico, convenga a la Universidad, sino también, viceversa, porque la vida pública necesita urgentemente de la intervención en ella de la Universidad como tal".

Ya José Ingenieros había escrito: "No es menos importante la necesidad de imprimir a cada Universidad una dirección ideológica concordante con las necesidades y los ideales del medio social en que funciona, es forzoso reconocer que ello dependerá del grado de exclaustación que alcancen los estudios universitarios, tomando contacto con el pueblo, sirviendo sus intereses, reflejando sus aspiraciones, comprendiendo sus problemas vitales".

Esto es, en esencia, lo que ha de entenderse cuando se dice que la Universidad debe imprimir a sus actividades un hondo sentido social: Sólo así llenará su misión. Sólo así surgirá de su seno, una juventud dotada de espíritu altruista, la cual después de haber cumplido su servicio, volverá a las ciudades, ocupará los puestos directivos de la vida pública, trayendo en los ojos del cuerpo y de la mente una clara visión de la patria.

Sólo así podrá esperarse la transformación radical de este México nuestro, feudo de caciques, tierra de logreros, país de kodak de turista, wonderful and beautiful, desde el mirador del pullman transitorio que va, en fuga feliz, por entre sierras nevadas y campos labrantíos; pero que visto de cerca, es sólo un pobre pueblo que se desangra, sobre una cruz de siglos, por ajenos pecados.

México, D. F., octubre de 1936.

## Aurora Rusa

P o r W A L D O F R A N K

*WALDO FRANK ha dedicado, en "Aurora Rusa", un interesante ensayo a este gran pueblo. El eminente escritor norteamericano subraya la incorporación de los rusos al espíritu ecuménico de la cultura, contemplados con admirable inquietud por pupila tan comprensiva.*

¿Dónde está la verdadera Rusia? ¿Acaso la he encontrado todavía? Cuando me paseaba entre la marea revolucionaria que fluye desde las calles industriales hasta la Newsky Prospekt, ¿estaba yo en Rusia? ¿Tendré que salir de Leningrado para entrar en Rusia? Vuelvo a la ciudad desde la antigua residencia del Zar por la carretera de piedra que alisaron sus caballos y destrozaron los tanques de Yudenitch. Surgen de nuevo las viviendas tristes. Y medito sobre la paradoja del poderoso esclavo y su débil señor.

No cabe duda. La corte de los últimos Romanov era imbécil, porque estaba completamente apartada de Rusia. Nunca hubo allí la relación orgánica que unió a Francia con sus reyes y a los tiranos italianos con sus ciudades. La religión de la corte se limitaba asimismo a la figura maniática de Rasputín, porque estaba también alejada de Rusia, porque nunca tuvo los vínculos ideales y vitales—unidad de volición intelectual que durante mil años hizo de Roma el corazón de todos los pueblos católicos.

Las grandes iglesias de Petersburgo—San Isaac, Alexander Nevsky Convent, Petropavlovsky Sobor, Catedral de Kazan—, todas ellas, lo mismo las de estilo barroco italiano que las bizantinas o las que mezclan ambos estilos, son completamente extrañas a la ciudad, que no armoniza con ninguno de sus tres sectores, con los palacios, las casas de la clase media ni los barrios bajos. En el canal Griboyedev, entre la Nevsky y el Neva, una bomba del Narodnaya Volya mató a Alejandro II. Y su heredero, para demostrar la indignación de su pueblo por tal muerte, obligó a millones de *mujiks* a contribuir con sus *kopeks* para erigirle un mausoleo. Es una imitación del gran San Basilio, construido en Moscú por Iván el terrible. Es una orgía de oro, záfiro y alabastro. Los muros exteriores están llenos de iconos, las junturas enjoyadas, y las cúpulas, en forma de cebolla, desentonan entre sí. Esta última iglesia de los zares (se construyó en 1881) es una caricatura del cuerpo espiritual de Rusia, del mismo modo que el palacio de Nicolás II es una caricatura del zarismo. Y, por igual razón, es una mentira, es algo extraño a Rusia.

Pero la plebe de Leningrado es fuerte y rítmica. Esta fuerza no puede datar de ayer; es demasiado profunda y natural. Pienso en los trabajadores que he visto apoyados en las villas de "Las Islas", en los arrabales de la ciudad, viviendo tranquilamente en las casas grandes y feas de los comerciantes millonarios, de las que se han apoderado, llevando a ellas sus camas y sus libros. Pienso en las multitudes que se pasean por la noche en los numero-